



AÑO I.

16 DE MAYO DE 1870.

NÚM. 17.

SUMARIO.

TEXTO.—LA MONARQUIA, por D. Juan Cancio Mena.—
 DEUDAS DEL CORAZON, por D. S. de Goicoechea.—RE-
 CUERDOS DE UN AVENTURERO VASCO-NAVARRO (continua-
 cion).—LOS INDIANOS, PARENTESIS.—JUNTA DE ALAVA.—
 MADRID.
 GRABADOS.—Vista de Vitoria desde la parte de Ar-
 mentia.

LA MONARQUIA.

Artículo V.

La idea de gobierno es un conjunto armónico de relaciones que determinan los principios á que debe ajustar el hombre su conducta en la vida social; pero esas relaciones no son disonantes, sino armónicas; esas relaciones no chocan ni se repelen, sino que convergen en un centro, porque la idea de gobierno, como todas las ideas, por mas que se refieran á extremos diferentes, convienen en la unidad. Y este hecho universal se puede observar perfectamente en los fenómenos del orden físico, porque un cuerpo tiene propiedades generales é inseparables, como la estension y la impenetrabilidad, y otras mas ó menos especiales, sin que por eso el cuerpo deje de ser uno. Por eso, aun cuando sean muy complejas y variadas las relaciones del gobierno de los pueblos, el gobierno en sí mismo es uno.

Luego si las leyes del orden físico nos demuestran materialmente que la multiplicidad de las propiedades no afecta á la unidad de los objetos, fácil es comprender que en el orden moral se realiza el mismo fenómeno, porque si separamos las relaciones de una cosa, y en vez de refundirlas y aplicarlas siempre á la cosa á que pertenecen, las fraccionamos y pulverizamos, nos apartamos completamente de la enseñanza que nos presta el libro de la naturaleza.

Por eso aun cuando sean muy variadas y muy heterogéneas las funciones del gobierno, es preciso que veamos siempre el gobierno en la unidad, porque si no relacionamos los efectos con las causas, si no enlazamos los hechos que en sí mismo se enlazan con fuerza irresistible, conspiramos contra las grandes leyes que rigen el universo.

Fraccíonese la idea del gobierno, prescídase de su principio fundamental y repártanse sus funciones sin estrecharlas por un lazo robusto, y el gobierno no será gobierno, el gobierno será la disonancia, el gobierno será la anarquía, el gobierno será la disolución.

Pero subordinense estas funciones según el orden gerárquico que requiere su carácter y que reclama el ejercicio del poder, y el gobierno responderá á todas las necesidades sociales, el gobierno cumplirá su misión, el gobierno encauzará y

dirigirá con mano robusta los intereses que afectan á la marcha general de la sociedad y prestará proteccion y apoyo á los intereses individuales, removiendo los obstáculos que se opongan á su desarrollo progresivo.

Y ¿qué forma es la que conviene á la unidad del gobierno? La etimología de las palabras es su mejor definicion, y la etimología de la palabra monarquía, compuesta de dos griegas, que significan gobierno de uno solo, es la que contesta cumplidamente á nuestra pregunta.

¿Quiere decir la monarquía que el poder sea absoluto, despótico y arbitrario?

Si tal significara, no habria un corazón generoso que no se pronunciase contra la monarquía, no habria una conciencia noble que le prestase asentimiento, no habria un pueblo leal que la defendiese ni la aceptase.

Y cuando son tantos los corazones generosos que aman ardientemente la monarquía, cuando son tantas las conciencias honradas que le tributan culto generoso, cuando son y han sido tantos los pueblos que la han defendido y la defienden con entusiasmo inmenso, la idea monarquía no significa ni puede significar despotismo, ni tiranía, ni arbitrariedad, porque la idea de una cosa no es el conocimiento de una relacion sola y aislada, y la palabra monarquía no espresa el poder ciego é impetuoso, sino que repre-

senta el principio primordial de gobierno en sus relaciones infinitas, pero derivándose siempre de la unidad, que es el carácter primitivo y general de todas las cosas.

Además: si hemos considerado al monarca como el depositario de los intereses permanentes de la sociedad y como el fiel mandatario de los pueblos en todos sus intereses accidentales, ¿no hemos defendido implícitamente la necesidad de las leyes que determinan la esfera propia del poder monárquico y la esfera privativa del poder del pueblo?

Pero también hemos estudiado en su raíz y su fundamento el principio del poder y hemos asentado sobre sólidas razones que la idea moral y las ideas científicas eran los límites naturales de la soberanía de los reyes y de los pueblos, porque toda soberanía humana se concreta á interpretar, á traducir y á aplicar las grandes leyes que gobiernan el mundo.

Así es que desde el instante en que ciertas leyes son reconocidas y aceptadas como verdades incontrovertibles, deben custodiarse solícitamente como el depósito sagrado del derecho, como el gran código de la verdadera libertad.

Y si esto es tan cierto en sí mismo como fácil de comprender, nadie puede desconocer la necesidad de una institución que se sobreponga á las pasiones y á los errores, de una institución que sin solución de continuidad ampare constantemente los grandes intereses humanos, de una institución que, sin fluctuar á merced de la fuerza y de la osadía, preste aliento al corazón, tranquilidad al espíritu y paz á la sociedad. Y esa institución es la monarquía.

Los que batallan contra la monarquía y pretenden fraccionar el poder sin personificarlo en la unidad y prescindiendo de la enseñanza de naturaleza, desconocen que hay intereses permanentes, y desconocen también que hay ciertas verdades que no pueden someterse al caprichoso, inconsciente y apasionado tribunal de la muchedumbre que es un Proteo constante y tremendo. Por eso, en vez de divinizar la verdad, divinizan la opinión; por eso, en vez de respetar los fueros de la justicia, respetan los errores del versátil é indiscreto criterio del hombre; por eso, en vez de reconocer ciertos principios como la expresión legítima del derecho, no solo porque los promulga la conciencia, sino porque han sido, son y serán universalmente admitidos, para nada se fijan en esos principios y para todo atienden á la soberanía de la multitud.

Los que así piensan y así discurren son muy lógicos con sus principios combatiendo la institución que defiende enérgi-

camente ciertas verdades como inmutables, que vela constantemente por el gobierno, sin abandonarlo nunca, que no transige con los paréntesis de la anarquía, porque comprende que la anarquía es el más tremendo de los despotismos y el enemigo más encarnizado de la verdadera libertad, de esa libertad que sirve de gloriosa bandera á quienes patrocinan la licencia y defienden el libertinaje.

El poder del monarca tiene límites determinados, más ó menos naturales, más ó menos prudentes, más ó menos sábios; pero límites, al menos, que garantizan el derecho y que se oponen al despotismo desenfrenado.

Pero ¿qué límites tiene el poder de la muchedumbre si en la muchedumbre se quiere hacer radicar la soberanía?

Apelamos á los propagandistas generosos de la autonomía absoluta del individuo; á ellos nos dirigimos, que ellos nos digan si sancionarán las aspiraciones y los hechos de la obcecada muchedumbre, si esa muchedumbre prescinde de la libertad individual, porque no puede comprenderla en su extensión ni en sus detalles, si esa muchedumbre quebranta la seguridad personal, si esa muchedumbre viola la propiedad y ultraja el derecho en todas sus manifestaciones.

No; los hombres que se inspiran en un criterio recto y en un corazón levantado, no pueden aceptar el principio disolvente de que no hay derechos definidos é incontrovertibles y reclamar la soberanía del número para definir el derecho y prescribir la justicia. No, los que escuchan la voz de su conciencia no pueden desconocer que hay intereses fundamentales en la sociedad que no pueden abandonarse nunca. No, los que aman el bien por el bien mismo y no por miras egoístas y por sugerencias bastardas, no podrán menos de decir que la sociedad reclama un gobierno constante y paternal, y que si el gobierno debe ser uno, por más que sus funciones sean múltiples, la forma de gobierno que mejor escuda tan sagrados intereses es sin duda alguna la forma monárquica.

Al estudiar el carácter y la naturaleza de la centralización política, en sus relaciones con el desarrollo moral y material de los pueblos, es donde conoceremos hasta dónde alcanzan los inefables servicios que la monarquía presta á la causa del progreso y de la civilización.

JUAN CANCIO MENA.

DEUDAS DEL CORAZON.

EPISODIO DE LA GUERRA CIVIL.

I.

Batalla de Nazar.

¡Vedla!

Pálida, desencajada, con el pelo tendido y el vestido en desorden, ved á esa mujer que se agita de un lado para otro, corre, se detiene, se inclina hasta el suelo, para volverse á levantar, mas agitada, mas convulsa, mas desesperada, mas... loca, que esa es la palabra que espresa el estado de excitación en que se encuentra la pobre madre.

Porque es una madre ¡sí! una madre que busca un pedazo de sus entrañas, allí, donde unas horas antes se han despedido de este mundo para una eternidad tantos y tantos hijos, tantos y tantos padres, tantos y tantos... hermanos.

Es la noche de 29 de diciembre de 1834.

Noche nebulosa, oscura, triste, reflejo exacto de la lucha fratricida, del encarnizado combate que ha tenido lugar entre cristinos y carlistas, entre españoles y... españoles, en los campos de Nazar y Asarta.

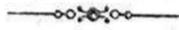
Por un lado Oraá y Lorenzo, por el otro Zumalacárregui, habiense acometido á ambos bandos, no como hombres, sino como fieras, que solo se dan por vencidas cuando han exhalado el aliento postrero.

Quemado el último cartucho por los soldados carlistas, reunió el caudillo de estas tropas á los más valientes; después de arengarlos, púsose al frente de ellos, y, á semejanza del primer Napoleón en el paso del puente de Arcole, avanzó al arma blanca contra el enemigo, deteniendo el impetuoso oleaje con que este parecía querer envolverle.

No tuvo, empero, Zumalacárregui la suerte del gran capitán del siglo, pues, estrechado por los flancos, y por el frente y por la espalda, por triple número de fuerzas, vióse obligado á ceder el campo, no sin que costara cara, muy cara la victoria á los soldados del ejército isabelino.

El primer momento de la retirada fué en confuso tropel, pues la metralla que vomitaban las bocas de los cañones de montaña, y las descargas cerradas de la fusilería, no dejaban á aquellos valientes el claro ni el espacio suficiente para reorganizarse y poder hacer frente al enemigo.

Acosados los carlistas sin tregua ni descanso, llegaron á Santa Cruz de Campezu, y una vez allí hicieron alto, para marchar unidos, compactos y en correcta formación, á descansar en Otco.



A la cabeza del puente de Arquijas hallábase una mujer, jóven aun, y cuyas hermosas facciones descompuestas revelaban muy á las claras la angustia de que se hallaba poseido su corazón, mientras clavaba su mirada de águila en cada uno de los soldados que traspasaban á paso acelerado de la una á la otra orilla.

Al cabo de algun tiempo, aquella mujer, á quien sin el latente é impetuoso movimiento de su seno hubiérasela tomado por una estatua, atropellando las filas, mezclándose entre los soldados, empujando á los unos, deteniendo á los otros, estorbando el paso á los mas, exclamaba en el colmo de la desesperacion:—¿Dónde está mi hijo? ¡Mi Luis! ¿Dónde está?

Estos la empujaban para hacerse paso, sin detenerse á contestarla; aquellos la miraban, contentándose con encojerse de hombros; y algunos pocos, muy pocos eran los que únicamente se detenían á hacerse cargo de las preguntas, amenazadoras unas veces, suplicantes otras, repetidas á cada instante por aquella mujer:—¿Mi hijo Luis! ¿dónde está? decidme, vosotros que le habeis llevado, decidme ya, por Dios crucificado, ¿dónde está?

Llegó un momento en que conociase que habia crecido el interés que inspiraba aquella mujer, entre los soldados que pasaban rozándola. Y al acercarse un jóven, cuyo rostro cubierto todo de sangre, fresca y líquida aun, daba á conocer que habia visto de cara al enemigo, cuando en el acento apagado de la desesperacion repetía la madre por la milésima vez:—¿Decidme ya dónde ha quedado el hijo de mis entrañas!...—Paróse á contemplarla un instante, balbuceando:—¿Luis!...—¡Sí, sí! contestó aquella, cogiéndose del capote del soldado, si, eso es, Luis, tú le conoces, tú me lo vas á decir...—¿Animo! ¡qué diablo! mas tarde ó mas temprano...—¡Oh! Acaba ya, por lo que mas ames...—¡Allí ha quedado!...

Y al soldado, que quizás no pestañara al recibir la bala que estuvo á punto de matarle, faltáronle el valor y la serenidad bastantes para afrontar la mirada de fuego de la madre, trasformada en leona á quien arrebatan sus cachorros.

Miró la madre al soldado un instante, nada mas que un instante, pero de manera tal, que su vista parecia querer penetrar, como por las paredes de un fanal, en el pecho de aquel que sabia «dónde» habia quedado el hijo querido de su corazón.

—¿Dónde?... le preguntó, deteniendo al soldado con la mirada, al mismo tiempo que con ámbas manos. ¿Dónde? volvió á preguntar rápidamente, con una voz, con un acento, con una espresion, en fin, que encerraban toda una epopeya de dolor, de angustia, de desesperacion.

Aquel valiente no tuvo ni la calma ni la serenidad necesaria para poder articular una sola palabra, limitándose á levantar un brazo en sentido horizontal y señalar con el dedo índice la direccion del campo de batalla.

Un grito agudo, penetrante, un grito salvaje, que lo mismo pudo ser arrancado por el dolor de un corazón herido como por la satisfaccion de la evidencia, fué la contestacion que recibió aquella muda, pero espresiva manifestacion del soldado, y, rápida como el pensamiento, echó á correr la madre, fuera de sí, hácia el norte de su esperanza.

¡Vedla!

Pálida, desencajada, con el pelo tendido y el vestido en desórden; vedla, pocos instantes despues, que se agita de un lado para otro, que corre, se detiene, se inclina hasta el suelo, para volverse á levantar, mas agitada, mas convulsa, mas desesperada, mas... loca, que esa es la palabra que espresa el estado de escitacion en que se encuentra la pobre madre, que busca un pedazo de sus entrañas, allí donde unas horas antes se han despedido de este mundo, para una eternidad, tantos y tantos hijos!...

Detiéndose un instante para tender su vista extraviada por aquel estenso campo donde aun humea la sangre de Abel.

Nada ve: pero llegan á sus oidos los gritos inteligibles de los heridos, los ayes de los moribundos, y hasta cree percibir el último aliento del que se va; y en cada grito, en cada quejido, en cada suspiro, arrancado quizás al aire que susurra, cree oír claro, distinto, el quejido, el ¡ay! el último aliento del hijo de su alma.

Cien veces, lo menos, se ha bajado y acercádose á examinar cien inertes rostros, jóvenes, pálidos y hermosos; ¡hermosos, sí! manchados no, sino lavados como estaban por el lodo, por la pólvora y por la sangre.

¡Todo inútil! No tropiezan sus negros ojos con los ojos de cielo que buscan; no palpan sus diminutas manos el rostro de aquel tantas veces por ellas acariciado; no se entrelazan sus trenzas de azabache con el pelo de oro ensortijado, confundidos aun pocas horas há en un apasionado beso. ¡Nada! Uno á uno y todos juntos, los rostros examinados, no dan una sola de las facciones que busca.

Los soldados que se ocupan en recojer los heridos y enterrar á los muertos, miránla con estrañeza en un principio, con interés despues y con respetuosa admiracion mas tarde; y es que adivinan en la conducta de aquella mujer algo de noble, hermoso y digno.

¡Ah! Es que tambien allí, donde se halla aun impresa la huella del combate,

donde no hay una sola pulgada de terreno que no haya sido campo de batalla, donde se confunden los huesos de los vencedores y vencidos, donde la muerte lo iguala todo, allí impera la compasion, tiene su asiento la caridad, allí es amor todo, todo unción.

Parase á contemplar á la madre un veterano de rostro tostado por el sol y bigote blanco por los años, manchados uno y otro por el humo de la pólvora, y á poco rato la dice con el tono que pudiera emplear un amigo cariñoso:—¿Qué busca usted, buena mujer?

María, pues este era el nombre de aquella, que tantos rasgos de semejanza tiene con la madre del Dios hombre, María contestó como sorprendida de que hubiese quien ignorara el objeto de sus pesquisas:

—Busco á mi hijo, ¿Por acaso sabe usted dónde está?

—¿Y quién es su hijo de Vd.?

—¿Quién es mi hijo! ¿Quién es mi hijo! ¡Ah! añadió poco despues; ¡es verdad! Vd. no le conoce.

—¿A qué batallon pertenece?

—¿Qué se yo! El ha estado aquí, no ha vuelto con los suyos... aquí debe estar.

—¿Con los suyos! ¿Con quiénes?

—Con sus paisanos, los navarros.

—¿Ah! Entonces es carlista.

—Sí, eso es, carlista. ¿Le conoce Vd.? ¿Le ha visto Vd.? ¡Ah! Dígamelo Vd., dígamelo Vd. por lo que mas ame eu el mundo.

Quedóse el veterano sin saber qué replicar á una pregunta tan sencilla como inocente, contentándose con balbucear:—¡Pobre madre!

—¿Qué dice Vd.? exclamó María, á la que no se escapó el monólogo del soldado.

—¿Yo? que creo que pierde Vd. el tiempo y la salud corriendo de un lado para otro.

—¿Y qué he de hacer para encontrarle? ¡Oh! dígamelo Vd.

—¿Qué se yo!... pero... en su lugar de Vd. iria al pueblo y me informaria de los prisioneros... Quizás le encuentre Vd. allí: si no es inútil que...

—¡Ah! Conque entre los prisioneros... Es verdad, no habia caido... Gracias. Y la madre echó á correr á la ventura.

—¡Eh! la gritó el veterano: por ahí no, por allí; y la señaló con la mano la direccion en que estaba el pueblo de Nazar.

Hallábase acampado en este pueblo el regimiento que mas se habia distinguido en la jornada de aquel dia, y á los valientes que á él pertenecian habiase encargado la custodia de los prisioneros.

Llegóse María jadeando á la entrada del pueblo, y, sin detenerse á tomar aliento, preguntó á unos soldados que encon-

tró al paso por el punto en que estaban encerrados los prisioneros.

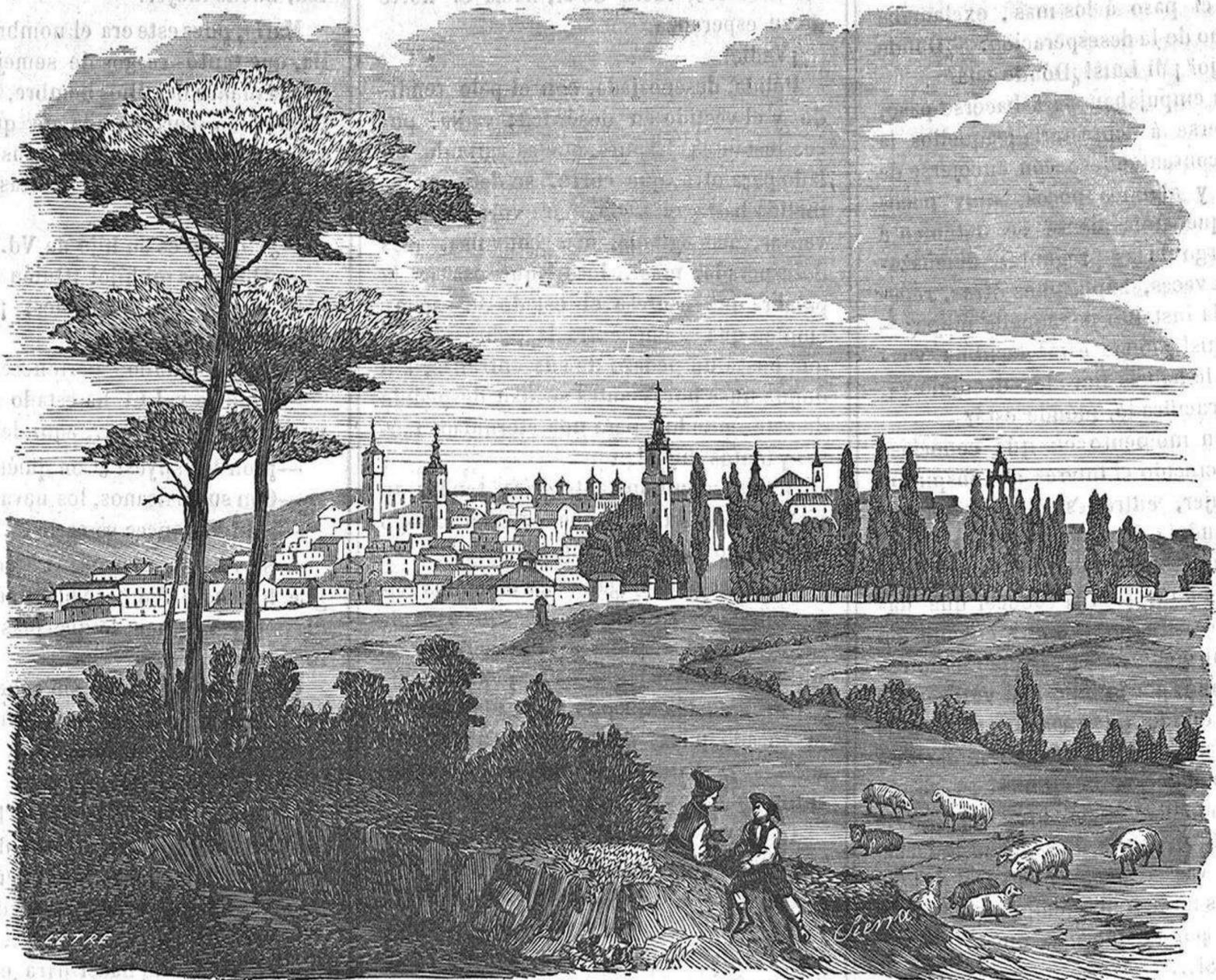
Dirigiéronla á la casa de ayuntamiento, en uno de cuyos mequinos y estrechos departamentos estaban *almacenados* los veinte infelices á quienes por no haberles cabido la gloria de morir en el campo de batalla esperábase una muerte, si no menos heróica, menos digna seguramente, supuesto que debían recibirla por la espalda.

El centinela que se hallaba á la puerta

VITORIA.

El ligero croquis que hoy publica EL PAIS VASCO-NAVARRO es una de las vistas que ofrece la capital de Alava, y está tomada desde el primer puente de Ali, sobre el ferro-carril; es decir, muestra la perspectiva que la poblacion presenta en su costado del Poniente. Distingúense en él, á la izquierda, la torre de la catedral, y dominando al caserío en la parte central

tidos los riachuelos, sendas y caminos de toda aquella preciosa planicie. Multitud de aldeas de pequeño vecindario y cuyas casas blancas se destacan entre el verdor, salpican el paisaje, y cierran por todas partes los límites de su horizonte un cúmulo de montañas en forma de anfiteatro, altísimas y cubiertas de nieve unas como Gorbea, Ambosos, Elguea y San Adrian, cercanas y llenas de verdor otras como los montes altos, Zaldiarán y Goruecha, y mas ó menos caprichosas y alejadas otras



Vista de Vitoria desde la parte de Armentia.

del edificio aquel prohibió la entrada en él á María, sin que los ruegos, ni las súplicas, ni el llanto de la madre fuesen bastantes á hacer que quebrantara su consigna.

Quiso María saber si entre los prisioneros se hallaba su hijo; pero ni el centinela, ni ninguno de los muchos soldados que formaban la guardia pudieron decirsele, pues ignoraban absolutamente los nombres y condiciones de los prisioneros.

(Se continuará.)

S. DE GOICOECHEA.

las de San Pedro, San Miguel y San Vicente, así como la espadaña del convento de San Francisco, ya derruida, que se eleva en el extremo derecho del dibujo.

La ciudad de Vitoria se alza en medio del estenso llano alavés, dominándolo todo, y está construida en su parte antigua sobre una pequeña colina cuya falda occidental lame un arroyo denominado Zapardiel; la parte nueva ocupa una gran extension de la planicie en el Sur de la colina.

Una vegetacion exuberante y lozana adorna todos sus contornos, inunda sus jardines interiores, dá hermosura á sus numerosos paseos y bordea en todos sen-

como Badaya, Arlaban y San Vitor. A media legua de la ciudad corre el Zadorra, uno de los rios mas grandes de la provincia, y al cual dió inmortal renombre la tremenda pelea que al fin de la guerra de la Independencia tintó de sangre sus orillas, decidiéndose allí la suerte de aquella campaña colosal.

Vitoria fué hasta fines del siglo XII una reducida aldea llamada Gazteiz, que ocupaba la parte mas alta de la actual poblacion. Su magnífica situacion estratégica llamó sin duda la atencion del monarca navarro Sancho IV, que sin cesar andaba en lucha con los reyes castellanos, y de la pequeña aldea hizo una villa murada, á la

que llamó *Victoria*, sin que se sepa por qué. Construyó en ella un gran templo, Santa María, rodeóla de fuertes torreones, alzó también la fortificación y templo de San Vicente, no estendiéndose mas que en el espacio que actualmente ocupa el Campillo. En tiempo de Alfonso VIII, que la sitió, tomó y dió el fuero que se conmemoraba hasta hace pocos años en el día de San Juan, se constituyó la parte de Poniente que comprende la Correería, Zapatería y Herrería, y en tiempo de Alonso X quedó completamente formado el resto de la población por la banda de Oriente con las calles Cuchillería, Pintorería y Judería. Los frailes construyeron extramuros los dos magníficos conventos, el de Santo Domingo al N. y el de San Francisco al S., también en aquellos primeros años de la fundación durante todo el siglo XIII.

Hasta el siglo pasado apenas se desarrolló la ciudad fuera de ese recinto; pero ya en sus últimos años empezaron las grandes construcciones, que hasta el presente han continuado con tal acrecentamiento, con tal animación, que la población ha duplicado su antigua área, haciéndolo de una manera tan artística, y con tanto gusto, que hoy es una de las ciudades mas agradables y mas pintorescas de la nación.

Desde el gusto arquitectónico de la época gótica del siglo XII, esta ciudad tiene curiosas edificaciones que pertenecen á todos los periodos; allí se ven preciosas fachadas góticas, edificios en donde campean los caprichos del renacimiento, recuerdos churriguerescos, construcciones severas del gusto clásico, magníficas y atrevidas obras de Olaguivel, obras de Silvestre Perez y todo cuanto en edificación ha discurrido el charivarico gusto que actualmente domina. Vitoria en esta materia es un album.

Decaída la industria manufacturera hace algunos años, bien puede decirse que Vitoria apenas tiene vida propia. La oficial es la que ha contribuido á darle animación y movimiento.

Es la población en donde reside siempre el capitán general de las provincias vascongadas, es la cabeza del obispado, es uno de los centros de primer orden en telégrafos y comunicaciones, y actualmente cuenta también con una universidad literaria.

Desgraciadamente, por la apatía ó empeño de los vitorianos perdió este pueblo la ocasión de ser el gran centro de actividad del Norte de España, al no apoyar y realizar la idea de traer hasta sus puertas el ferro-carril vizcaino que hubiera cambiado el modo de ser de todo el país y hubiera dado á la capital de Alava una importancia de que hoy carece.

Don Juan II la hizo ciudad y dióla por armas en su escudo un castillo sostenido por dos leones y vigilado por dos cuervos. En el centro ostenta un escudo con la cifra de Isabel II, dado por la reina gobernadora en 1834 como premio del valor de sus *urbanos*, que rechazaron un ataque de las tropas del Pretendiente. En una cinta que rodea al escudo total se lee: *Hæc est victoria cuæ vincit.*

Tiene unos diez y ocho mil habitantes; está dividida en calles y estas en vecindades regidas por sus *mayorales*, y no es feralmente la capital de Alava porque el régimen gubernativo del país no reconoce capital, aunque otra cosa se haya querido hacer.

Reside en ella y tiene su magnífico palacio la diputación foral de la provincia.

En instrucción pública es uno de los pueblos mas aventajados de la nación. Además de la universidad libre y del instituto de segunda enseñanza, costeados ámbos por la provincia y ciudad, hay escuela normal de maestros, academia de Bellas Artes, un crecido número de escuelas, asilos de refugio y enseñanza para las niñas pobres y un ateneo científico, artístico y literario, creado y sostenido por entusiastas jóvenes, que lleva ya cuatro años de próspera existencia, que publica un periódico y que se mantiene sin la intervención ni el apoyo de ninguna autoridad. Como el país es rico en monumentos y recuerdos, se están ideando los medios de plantear un *Museo alavés*, con el fin de recojer y estudiar restos prehistóricos, celtas, romanos, aparatos, armas curiosas de todas las épocas posteriores, y, en una palabra, cuantos objetos forman los elementos artísticos de la historia de un país, y que en este por cierto son tan abundantes.

Sus templos son grandiosos y muy antiguos, y sus edificios mas notables son: el palacio de la Diputación, la plaza Nueva, el teatro, la plaza de Mercado, la cárcel modelo, el hospital, el hospicio, la casa de Avendaña, la catedral y el gran café de Olave.

Son también dignos de ser visitados: la Florida, el Prado, las nuevas casas de campo que rodean á la ciudad, el cementerio, la Granja-Modelo, y, en una palabra, toda la parte nueva.

La vida en Vitoria es sana, cómoda, barata y un tanto monótona. Celébranse tres mercados semanales y tres ó cuatro exposiciones agrícolas y de ganados al año. Están á punto de suprimirse para siempre las fiestas con que durante algunos días se entretenía el pueblo anualmente. Las antiguas fiestas de vecindad murieron ya.

La Rioja y Navarra le surten de excelentes vinos, que constituyen la base prin-

cipal de los ingresos municipales; pero mas que el néctar de esas comarcas, necesita Vitoria el rico caudal de aguas de Gorbea, cuya traida está hace algunos años en proyecto, sin que hasta el presente se entrevea posibilidad de que se verifique.

Su clima es sumamente vario; su cielo, constantemente anubarrado. El carácter de sus habitantes es jovial, hospitalario y sincero, si bien un tanto apocado y muy apegado á sus antiguas costumbres.

Vitoria cuenta con treinta y seis calles, cuatro grandes plazas, nueve plazuelas, cuatro parroquias, tres conventos, diez y seis fuentes, cuatro lavaderos, seis cafés públicos, cinco sociedades de recreo, un teatro y una plaza de toros. Es el punto del país vascongado que constantemente tiene mas guarnición, compuesta casi siempre de un regimiento de infantería, uno de caballería, una batería y un puesto numeroso de la Guardia civil.

B.

RECUERDOS DE UN AVENTURERO VASCO-NAVARRO.

LOS PRIMEROS TIEMPOS DE CALIFORNIA.

IV.

PREPARATIVOS DE MARCHA.

(Continuacion.)

Los trabajos de los sonoreños, acostumbrados en su país á explotar *placeres*, se distinguían sobre todos los que hacían los de otras naciones y provincias mejicanas, por la inteligencia con que estaban concebidos: la mejor idea que de ellos puede darse es el de figurarse una cueva de un tejón gigantesco. Hacían un pozo donde un hombre entraba con facilidad verticalmente, y podía ponerse en cuclillas en su fondo hasta que llegaba al aluvion que contenía las pepitas de oro que ellos sabían distinguir fácilmente, y allí empezaban á extraer ese aluvion, sin tocar nada de las capas superiores, que no contenían riqueza alguna; así se estendían por debajo de tierra dejándola en hueco en grandes extensiones, y el único peligro que corrían era el que si el tiempo se humedecía labraran su sepultura mientras esperaban sacar su riqueza: esto aconteció á muchos de ellos; pero quedaron en gran parte ignorados, si no es por algunos de sus compañeros que notaban su desaparición, sin que por eso se hicieran mas cautos.

Las herramientas que esta gente empleaba eran sumamente sencillas; una piqueta ligera de mango corto que pudiera manejarse con una mano; una gran cuchara de cuerno para juntar la tierra, y su batea, ó gamella redonda, en la que extraían la tierra; sin embargo, eran los que mas oro sacaban, y se contaban de algunos de ellos

cosas que, á no haberlas visto, me hubieran parecido increíbles. El que mas se distinguió por sus escesivas prodigalidades fué un sonoreño á quien llamaban el chino botador ó gastador, quien dió limosnas ó regalos profusamente, entre otros, uno á un francés enfermo que estaba viéndole jugar en una mesa y levantar una puesta de mil duros. El pobre francés, que con envidia le miraba, exclamó en español al ver aquello:—Este hombre arriesga á un naípe lo que haria mi fortuna.—El sonoreño le oyó, y, volviéndose hácia él, le dijo:—Toma lo ganado y lo puesto, y sé feliz; mañana me dará el arroyo lo que á tí te doy.—Otra de las noches que estaba jugando despues de bebido, hizo un regalo semejante á una aventurera mejicana, y por algunos meses estuvo haciéndose célebre por sus larguezas, hasta que se oscureció, sin que nadie se acordara de él en aquel torbellino de activas ambiciones.

Otra de las prodigalidades de mas bulto que por aquel tiempo se contaban era la que tuvo lugar en Temple Barró Campo del Barro, como llamábamos en castellano, durante el invierno del 48 al 49. El campo estaba desprovisto de víveres; las bebidas alcohólicas nose encontraban á ningun precio; tres marineros ingleses ó americanos que durante el dia se habian encontrado un bolsón de oro, depositado en el hueco natural de una peña, con el que habian llenado su sombrero de hule, iban ufanos y contentos á su cabaña á descansar de sus fatigas, y pasaron delante del único almacén ó tienda de comestibles que habia en el campo; deseosos de celebrar en la noche la fortuna adquirida en el dia, se dirigieron al dueño del establecimiento, pidiéndole les cediera una botella de brandy de las dos únicas que tenia, de las cuales una estaba ya empezada. El comerciante se negó á ello, diciendo que, estando los caminos intransitables, no podia traer nada de San Francisco, y que las necesitaba para sí mismo; ellos no desistieron por eso de su demanda, y le dijeron al comerciante pidiera lo que se le antojara por la botella que tenia llena.—¡Bien, dijo este, si me dejais meter mis dos manos en vuestro sombrero y coger el oro que contener pueda en ellas, os cedo la botella!—Los mineros inmediatamente lo concedieron y tuvieron el gusto de beberse una botella de mal brandy, que les costó mas de setenta onzas de oro.

El aspecto del Campo del Barro, que estaba poblado en su mayoría de americanos-ingleses y algunos españoles y mejicanos, no presentaba mas circunstancia notable que el ver á todos ocupados en sus respectivas faenas y vivir pacíficamente entre sí: habia dos tiendas donde se vendian comestibles, y una de ellas tenida por

una familia kanaka. Los mineros habitaban sus tiendas de campaña, que estaban situadas en las cercanías del arroyo.

El campo llamado de Sonora, que hacia poco se habia levantado, presentaba un aspecto muy diverso y nada edificante por cierto: habia unas cincuenta tiendas de campaña reunidas en el sitio donde actualmente se levanta la ciudad de Sonora, y unas doscientas desparramadas pertenecientes á los mineros, en sus inmediaciones. Las primeras cincuenta formaban lo que puede llamarse el casco de la poblacion. ¡Pero qué poblacion! Tenian muchas estensas enramadas al frente, de las que unas estaban ocupadas de cocinas servidas por sonoreñas feas y desgredadas, que aun no se habian lavado el polvo que se les habia pegado en el largo camino que habian atravesado desde su país hasta los placeres; las otras por mesas de juego acompañadas de orquesta de arpa, vihuela y bajo, y algun par de bailarinas que repicaban con los pies los jarabes mejicanos; allí no se veían mas que borrachos, crápula y libertinaje por donde quiera que uno dirigiera la vista, y los obscenos juramentos que aquel corro de condenados despedia por sus bocas eran bastantes á lastimar nuestros oídos, que por cierto no tenian nada de delicados.

No habia noche que no hubiera algun muerto ó herido, y no solo los sonoreños y mejicanos eran los que mas se distinguian por su desarreglada vida, sino que entre ellos habia muchos americanos de los voluntarios que habian hecho la guerra de Méjico, é ingleses de Botany-bay, que se llevaban la palma entre todos. Justicia no hubo en ese campo, hasta algo mas tarde, y solo algunos jefes sonoreños, hombres de arraigo y buenos principios, podian con su influencia evitar mayores desórdenes en medio de tanta confusion.

El campo americano, que era el mas poblado en aquel tiempo, era tambien el de mas orden, y aunque habia algunas mesas de juego, no pasaban las escenas que en Sonora.

En cuanto á los mormonitas, que esa religion profesaban los setenta primeros que llegaron á Mormón-camp, no tenian mas vicio que el de la intemperancia, cuando podian escaparse del lado de sus mayores.

Volvamos á nuestro campo: concluidas las cunas de lavar, nos pusimos á trabajar todos á porfia; pero á pesar de nuestros esfuerzos, solo conseguimos sacar entre los cuarenta y tantos trabajadores de diez y seis á veinte onzas diarias, habiendo algunos dias que no llegaba el jornal á esta suma. Viendo que aquello no producía lo que nos habiamos figurado, traté de buscar un negocio mas productivo, y, despues de haberlo consultado con mis ayudantes y je-

fes de las otras compañías, nos decidimos por el negocio de arriería, carretería y comercio de víveres al por menor.

(Se continuará.)

LOS INDIANOS.

PARENTESIS.

Llega á manos del autor de la novela que con este titulo publica EL PAIS VASCO-NAVARRO una carta mas elocuente que su novela, mucho mas, para demostrar á los que emigran los peligros á que se esponen; y es tan preciosa para su objeto, que la intercala formando un capítulo con ella.

Los que la han suscrito merecen todas las simpatías de los que tienen buen corazón.

Hé aquí la carta, con otra que le sirve de introductora:

«Señor director de EL PAIS VASCO-NAVARRO.

PAMPLONA 7 de mayo de 1870.

Muy señor mio y de toda mi consideracion: Habiéndome dirigido al director del *Boletín Oficial* de esta provincia con el objeto de que se insertase la carta escrita, á bordo de la fragata *Josefina Maria* á 28 de diciembre de 1869, por sus pasajeros, me ha manifestado que no procedia su publicacion en el mencionado periódico por el carácter de que está revestido.

Y como los hechos que en dicha carta se denuncian me afectan vivamente, como padre que soy de uno de los pasajeros, y conviene que el público los conozca, me dirijo á Vd., señor director, rogándole se digne insertarlos en su acreditada revista EL PAIS VASCO-NAVARRO.

Queda de Vd. su atento y seguro servidor Q. B. S. M.

MIGUEL FERNANDEZ.

Señor director del *Boletín Oficial* de la provincia de Navarra.

Muy señor nuestro: Los que suscriben tienen el honor de dirigirle el siguiente comunicado, para que le dé Vd. publicidad si lo juzgare conveniente, por lo que le dan anticipadas gracias sus seguros servidores Q. B. S. M.

Los que suscriben, impulsados, no por el interés privado de cada uno de nosotros, sino por el comun de nuestros paisanos y amigos, vamos á hacer una ligera relacion de nuestro viaje de Burdeos á Montevideo y del trato que hemos recibido á bordo.

Principiemos por decir que el comisionado de Pamplona, D Manuel Urdiain, nos ha engañado miserablemente y ha abusado de nuestra sencillez prometiéndonos lo que ni él ni nadie ha cumplido; y no usamos palabras mas duras para calificar su conducta, porque valemos mas que el hombre que tan vilmente se ha burlado de nosotros tendiéndonos un lazo tan grosero, en el que desgraciadamente hemos caído.

Entramos á bordo, señor director, llamando nuestra atencion desde luego el desorden que habia en la reparticion de

camarotes. Las señoras fueron colocadas entre jóvenes (por supuesto franceses, porque los españoles fuimos siempre postergados) y nosotros hacinados cual si fuésemos negros africanos: nada se ha respetado; ni los derechos individuales del hombre, ni, los que son aun mas sagrados, los de la mujer. A los dos ó tres dias de viaje comenzó á escasear el agua casi corrompida que nos habian dado hasta entonces, y una noche que pediamos aquel liquido indispensable á nuestra conservacion, amenazó el capitán, revolver en mano, levantar la tapa de los sesos al primero que pidiese cualquier cosa.

La comida, mal condimentada, sumamente escasa y cocinada con agua salada; verdad es que ¿qué podía esperarse de un cocinero que jamás habia hecho la cocina y que solo estaba acostumbrado á cortar el pelo y afeitar? Así es que últimamente tuvimos que pagar á uno de los nuestros para que nos arreglara mejor la cocina, pues á haber seguido con el que teniamos, hubiéramos llegado muy mal parados al punto de nuestro destino. Pero no concluye aquí; sucedió que un dia que habia en los camarotes algunos enfermos del mareo, quiso uno de nuestros compañeros aliviarlos algo en su enfermedad, para lo cual fué á hacerles una taza de té; pidió agua, diciendo con qué objeto la necesitaba, y le fué negada; mas como insistiera en ello, no solo le fué negada, sino que lo cogieron de orden del capitán y pasó toda una noche con un grillo á los pies. Este es el trato que se ha dado á los enfermos y á quien ha querido aliviarlos.

En fin, señor director, voy á concluir; hemos pasado hambre, sed y malos tratamientos; se nos ha aherrojado por la cosa mas insignificante, y al hacernos cualquiera observacion se nos obsequiaba con los epítetos de salvajes, bestias, brutos y otros muchos mas, que por no manchar el papel dejamos de escribir.

¡Triste, muy triste es recordar la burla que han hecho de nosotros esos hombres que solo tienen por norte el egoismo! ¡Navarros y demás compatriotas españoles! Si algun dia venís á estas tierras, tomad pasaje en buque español; os lo aconsejan vuestros paisanos.

Escrito á bordo de la *Josefina Maria* á 28 de diciembre de 1869 y firmado por sus pasajeros.

Aquilino Fernandez.—Antonio Pedro Arena.—Sotero Eraso.—Donato Eraso.—Higinio Iturbide.—José R. Arregui.—Antonio Pomares.—Niceto Eraso.—Agustín Iza.—Miguel María Osacar.—Miguel Gastesi.—Nicolás Lusarreta.—Salvador Zunzarren.—Gabino Aguerri.—Martín Olasagarre.—Francisco Huarte.—Pedro Redin.—Miguel Zubiria.—Casteset Jean.—Juan Igoa.—Tomás Eslava.—Inocencio Añños.—Manuel Lazarraga.—Nicolás Izura.—Miguel Lusarreta.—Natalio Angaiz.—Matias Echante.—Fermin Azcárate.—Luis Azparen.—Fermin Osacar.—Juan Rey.—Ciriaco Irisarri.—Martín Erviti.—Juan Miguel Aspiraz.—Angela Gonzalez.—Magdalena Goicochea.—Francisco Larraza.—Martín Merzerol.—Matias Lizarraga.—Martín Lizarraga.—Francisco Lugarrondo.—Juan Lacunza.—Ramon Lacunza.—Hilarion Lacabe.—Fermin Martinez.—Eleuterio Imaz.—Francisco Zumillaga.—Fermin Lasa.—Leonor Fo-

ronda.—Antonia Erbiti.—Antonia Pedroarena.—Ceferina Echeverria.—Gregoria Oficialdegui.—Fermina Irigoyen.—Eusebio Ibañez.—Francisco Irañeta.—Josefa Murillo.—Josefa Landa.—Micaela Irañeta.—Miguel Lacunza.»

JUNTAS DE ALAVA.

Inauguracion de las escuelas públicas de Llodio.

Reproducimos con el mayor gusto el discurso pronunciado por el Excmo. señor diputado general de Alava D. Francisco María Mendieta, con motivo de la inauguracion en el valle de Llodio del edificio que se ha creado para escuelas públicas bajo la proteccion del Sr. D. Estanislao de Urquijo.

«Señores, dijo:

La provincia de Alava viene con satisfaccion inefable á inaugurar este asilo, que la generosidad de los naturales de este valle ha levantado á la educacion intelectual y moral de sus hijos.

Prez y remembranza eterna á cuantos á esta obra monumental han contribuido; y sea lo primero que mis lábios pronuncien la espresion de sentimiento de gratitud que les tributo con toda la efusion de mi alma, bajo la plácida impresion que esta solemnidad ocasiona.

Mas sin faltar á los deberes de la justicia y sin ofender la modestia proverbial del ilustrado patricio á que me refiero, no puedo menos de consagrarle especialmente al Sr. D. Estanislao de Urquijo, digno padre de provincia y protector benéfico y decidido de los intereses que viven á la sombra de los frondosos bosques de esta morigerada comarca.

Ni del momento ni de la representacion que me confiere la honra de presidir este acto memorable propias son otras consideraciones que las que se dirijan á loar el hecho, que reconocidos admiramos.

Todos sabéis, señores, la importancia de la instruccion pública para el bienestar del individuo y de la familia: todos sabéis cuál es el destino de la humanidad y la ley inmutable de su existencia y desenvolvimiento: todos sabéis que la prosperidad ó el infortunio de los Estados depende esencialmente de la educacion de sus pueblos; y todos sabéis que atenta á estos fines, que simbolizan la organizacion social mas perfecta, la provincia de Alava se ha distinguido desde remotos tiempos por los esfuerzos que con incesante afán ha desplegado en esta parte, conquistándose así, con un sistema que tan fielmente refleja la escelencia de su administracion veneranda, un lugar eminente entre los paises mas civilizados.

Sin otra indicacion, que lastimaria vuestras luces acreditadas, el claro juicio que á todos os acompaña podrá apreciar la inmensidad del favor, que no solo á este valle, sino á la provincia entera se ha dispensado con la construccion del magnífico edificio, dentro de cuyos muros benditos por la religion estamos abriendo á la enseñanza una nueva fuente de perfeccion y adelanto.

Rindamos, pues, señores, la alabanza que merecen los que, iniciando el noble y elevado pensamiento que por su magnitud parecia irrealizable, le ofrecen ya ejecutado y completo á la representacion general de la provincia, como holocausto santo de su cultura, de su filantropía y del amor entrañable que profesan al suelo que les dió el ser y el que agradecido les recordará siempre con orgullo legítimo.

Pero á hechos que en esta elocuente forma revelan una abnegacion, que no se encuentra sino en los paises que producen hijos tan cariñosos con su madre como los que aquí vemos congregados, no se corresponde solo creando en nuestros corazones un templo á la gratitud: se corresponde procurando con empeño que la juventud adquiera las nociones elementales del saber y las reglas invariables de virtud, que algun dia la hagan útil á si misma y á la sociedad, escitando sin tregua ni descanso á los padres á que sean el ejemplo constante de las buenas acciones y de las ordenadas costumbres de sus familias y velando por que las lecciones de estas escuelas reconozcan, como base fundamental, el principio católico, la sana moral del Evangelio y la brillante tradicion de nuestras sacrosantas instituciones y libertades; porque nadie ignora, señores, que el verdadero saber, el saber sólido, el saber que, con paso seguro, conduce á la felicidad del hombre, cimentarse debe en el temor de Dios, único criterio llamado á regir todas las enseñanzas de la tierra, si han de ser provechosas y fecundas.

Así sucederá ciertamente, y los frutos de este establecimiento responderán á las esperanzas de sus ilustres bienhechores, al celo de las corporaciones civil y eclesiástica de esta hermandad, á la aspiracion unánime de sus laboriosos habitantes y á la solicitud de los profesores, el concurso eficaz de todos los cuales prenda infalible es de los dias de gloria que á este instituto de primera enseñanza están reservados.

Y principalmente, señores, pongámosle bajo la proteccion de Dios, que en su bondad infinita concederá imperecedero recuerdo á los autores de la grande idea que hoy contemplamos dichosamente coronada, y á la juventud que aquí concurra virtudes, instruccion y ventura.

Este es el deseo ferviente de la junta general de Alava, en nombre de la que, y asociado de sus señores procuradores, declaro abierto este establecimiento y aseguro con un placer sin límites la gratitud profunda de la provincia y la hermosa página que de hoy mas la historia con justicia guarda á todos los que en esta empresa inmortal han adquirido una participacion que tanto les honra y enaltece.»

Al solemne acto de la inauguracion asistieron los Sres. D. Bruno Martinez de Aragon, teniente de diputado general, don Estanislao de Urquijo, padre de provincia, el alcalde D. Juan Goitia y los regidores del ayuntamiento de esta hermandad, el señor cura párroco D. José Larrea, acompañado del presbítero Dr. D. Juan José de Ullibarri y de otros varios eclesiásticos, el arquitecto director de la obra D. Francisco Cubas, los consultores, secretarios y arquitecto de provincia, D. Mateo Benigno de Moraza, D. Adrian de Herran, D. Te-

lesforo de Nestares y D. Pantaleon de Iradier, los profesores D. Ambrosio de Arana y Doña Norberta Audicana con sus respectivos alumnos, diferentes personas notables de la localidad y de las inmediatas, y una multitud de vecinos y habitantes de estos pueblos, atraídos todos por el interés de tributar al acto la mayor importancia y rendir así el homenaje de su gratitud al ilustre bienhechor que ha realizado tan colosal pensamiento y á cuantos en él le han ayudado.

MADRID.

Proseguiré mi interrumpida historia. Y crean los lectores que al descubrir á sus ojos los misterios de la política, las interioridades de la cosa pública, les espliego las causas de los efectos de que les dan noticia los periódicos diarios.

Dejamos al elector provinciano entusiasmado con el representante de su provincia y mas entusiasmado aun con la esperanza de asistir al dia siguiente á una escena animada en la Asamblea y de ver y codearse despues con los mas importantes personajes.

Muy temprano se levantó, y lo primero que hizo fué escribir á su familia y á sus amigos el cariñoso recibimiento que su *constituyente* le habia dispensado, anunciando de paso la gran fortuna que le aguardaba aquella misma tarde.

Almorzó *bisteac* con patatas y hasta hizo uso de la mostaza, porque un hombre que iba á hablar con los ministros necesitaba rendir culto á todos los perfiles de la elegancia.

Despues se encaminó á casa del diputado.

El criado abrió la puerta, le hizo una profunda reverencia y le condujo al comedor.

—Vd. es como de casa, le dijo; el señor me ha encargado que ni siquiera le anuncie á Vd.

—Bien, hombre, bien, contestó el elector; veo que te has humanizado, y al marcharme te daré una buena propina.

El diputado y su señora tomaban el café con algunos amigos.

—¡Adelante! exclamaron al ver entrar al provinciano.

—¿Estorbo?

—Vd. llega siempre á tiempo; pero deje Vd. el sombrero y siéntese Vd.

—Gracias:

—Con franqueza; y dirigiéndose á los circunstantes, aqui tienen Vds., añadió, al hombre á quien debo la honra de sentarme en el Congreso.

—Lo debe Vd. á su mérito.

—Y al apoyo de Vd. y de sus amigos; pero no hablemos de eso. ¿Se decide Vd. á ir á la sesion?

—Pues no faltaba mas sino que me quedara sin realizar el principal objeto de mi viaje.

—Va Vd. á pasar buen rato.

—¿Tienen Vds. algo gordo entre manos?

—¡Vaya si tenemos!

—Y ¿quién hablará, quién hablará?

—En primer lugar, yo.

—Hombre, me alegro.

—Me aludieron ayer de una manera ofensiva, y necesito vindicarme.

—Hombre, me alegro, como hay Dios.

—¿De que me ofendieran?

—No, de que hable Vd.; con eso se quedarán tamañitos los que en el pueblo dicen que Vd. no despegas los labios.

—Pues ya verá Vd., ya verá Vd. cómo me defiendo... ¿Vd. querrá ir á una tribuna de órden?

—Sí, señor; yo con los pacíficos.

—Aqui tiene Vd. la papeleta.

—Habrá que ir temprano á tomar vez.

—No, señor.

—Como he visto mucha gente esperando al pasar por allí...

—De todos modos, si quiere Vd. un asiento de delante, debe Vd. ir acercándose al Congreso.

—Voy, voy.

—Yo enviaré un portero para que le guie á Vd. al salon de conferencias.

—Hasta luego.

—Hasta luego.

Nuestro hombre se encaminó al palacio de la representacion nacional, y, tomando asiento en una tribuna de órden, se quedó poco menos que con la boca abierta al ver toda la *mise en scene* de la comedia parlamentaria.

No perdió un solo detalle.

Vió entrar á los maceros precedidos del presidente y poco despues á los diputados.

Lleno de curiosidad por conocerlos, preguntaba á los que tenia al lado por los nombres de aquellos personajes.

Oyó con religioso silencio la lectura del acta, y percibiendo que uno de sus *ad-látere*s dijo:—Cómo se conoce que hoy hay escándalo en puerta: si fueran á discutirse los presupuestos no habria ni un alma en el salon;—percibiendo esta frase, repito, se permitió calificar para sus adentros de irreverente á aquel filósofo de ocasion.

Los debates comenzaron.

El diputado de nuestro hombre pidió la palabra, y al mismo tiempo un vaso de agua con un azucarillo, tosió y comenzó su discurso.

El provinciano estaba orgulloso.

—Ese es el diputado de mi provincia... decia, ya verán Vds. qué pico de oro tiene.

El padre de la patria peroró largo rato encareciendo su patriotismo, su abnegacion, los grandes sacrificios que habia hecho por la libertad; y como le habian acusado de haber cambiado de opinion por obra y gracia de un empleillo de 50.000 reales, manifestó que si lo habia aceptado, renunciando á la diputacion, pero seguro de que sus electores, que le conocian, le confiarían de nuevo su representacion, lo habia hecho en aras de la conciliacion para dar una prueba al pais de que tenia confianza en el gobierno, puesto que consentia en servirle de cerca.

—¡Tiene razon!... ¡Tiene mucha razon! pensaba el provinciano.

Pero un orador de la oposicion se encargó de contestar á S. S.

—¡Cómo le puso! Sacóle á relucir todas las metamorfosis que se habian operado en su vida política, le recordó palabras que habia pronunciado recientemente contra el ministerio, y le dejó que no habia por dónde cogerle.

No era posible contestar á aquellos car-

gos, y el único camino era meterlo á barato é insultar al adversario.

Así lo hizo el diputado, y su elector estaba con el alma en un hilo.

—Válgame Dios, se dijo. Esos hombres van á matarse en cuanto salgan á la calle...

Voy, voy á intervenir. La pobre señora de mi diputado va á ponerse mala cuando sepa...

Y, no pudiendo permanecer tranquilo, sin aguardar al portero bajó á la sala de espera y rogó á un celador que pasara recado.

El celador volvió diciéndole que pasase, y le guió al salon de conferencias.

El elector estrechó con efusion la mano del diputado.

—Válgame Dios, qué mal-rato me han dado Vds.

—¿Por qué?

—Creí que iban Vds. á matarse.

—No tal...

—Allí veo á su adversario de Vd... y viene hácia aquí... ¡Por Dios! no se acalore Vd., piense Vd. en la señora y en nosotros...

El elector se asombró al ver que los dos implacables enemigos *fuera* se estrechaban la mano dentro y decia el víctima:

—Amigo, qué paliza me ha dado Vd.

—Qué remedio: estaban en la tribuna los individuos mas calientes del club.

—Ya he conocido...

—¿Me guarda Vd. rencor?

—Para demostrarle que no, quiero que comamos juntos esta noche.

El asombro del elector creció de punto al ver que los altos personajes de opuestos bandos conversaban familiarmente y estaban todos á partir un piñon.

Desengañado salió del Congreso, y aquella misma noche se puso en camino para su pueblo.

Pero tranquilícense Vds.; votó de nuevo á su diputado y seguirá votando, mientras esto no cambie, á todos los candidatos ministeriales; y todo porque al fin y al cabo es un *hombre de órden*.

JULIO NOMBELA.

EL PAIS VASCO-NAVARRO.

Precios de suscripcion.

En España.. . . .	3 meses 12 reales.
En Cuba y Puerto Rico.	6 meses 3 pesos.
América del Sur y Filipinas.	6 meses 4 pesos.
Estranjero.. . . .	6 meses 10 franc.
Número suelto en España.. . . .	2 reales.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En MADRID: Calle de Serrano, 14, tercero de la izquierda (barrio de Salamanca). —BILBAO: librería de D. Juan E. Delmas. —PAMPLONA: secretaria del Colegio de internos. —VITORIA: admite las suscripciones D. Nicolás Becerro, en el establecimiento tipográfico de D. José Iturbe, calle de San Francisco, número 23. —SAN SEBASTIAN: librería de D. Manuel Aramburu. —La administracion central de Madrid admite suscripciones de todas partes, siempre que al aviso acompañe el importe en letra de fácil cobro ó sellos.

Imprenta á cargo de M. G. Hernandez.—San Miguel, 25.